

## Cuentos & Cuentistas

### Pío Baroja, maestro de la espontaneidad

No es raro que en nuestras conversaciones literario-peripatéticas, Mauro Yberra y yo rumiemos un tópico que se ha hecho un tanto reiterativo, sobre todo con el paso de los años. Y tal tema es el riesgo que se corre al releer los libros de nuestra infancia y adolescencia. Así, si uno retoma a estas alturas de la vida a Salgari, a Karl May, a Rider Haggard o a Anthony Hope, por sólo nombrar unos pocos predilectos, no es raro que la decepción nos gane y lamentemos tal revisita, que a veces conduce a deslucir la magia de lejanas lecturas. Es que con frecuencia estos autores, tan apreciados en la evocación, resultan al releerlos demasiado simplones o toscos, demasiado irrespetuosos de la historia y la verosimilitud, demasiado retrógrados para nuestros paladares del siglo XXI; cuando no nos suenan, derechamente, fascistoides, racistas o beatos...

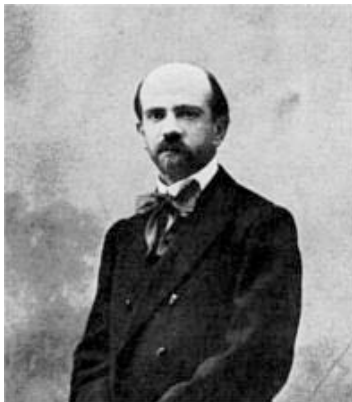
Pero la búsqueda de la aventura sigue viva en uno, y cuando digo aventura significo aventura romántica, con piratas perversos, contrabandistas, princesas exóticas y bellas, médicos brujos, batallas, persecuciones por la selva, duelos o tesoros escondidos. En esa búsqueda llegué, por feliz azar, a don Pío Baroja, escritor vasco, nacido en San Sebastián en 1872 y fallecido en Madrid en 1956. Dejó una obra narrativa considerable, más de sesenta novelas agrupadas en diez trilogías y algunas tetralogías, más otras sueltas y un grupo de históricas. Una de sus tetralogías se llama *El mar* y sus partes son: *Las inquietudes de Shanti Andía* (1911), *El laberinto de las sirenas* (1923), *La estrella del capitán Chimista* (1930) y *Los pilotos de altura* (1931).<sup>1</sup> Pues aquí hallé la aventura en todo su esplendor, fascinante y sazónada, posiblemente la única muestra en nuestro idioma que no desmerece frente a un Walter Scott, un B. Traven o un Alexandre Dumas. Don Pío desarrolla por lo demás su concepto de la narración abierta, en sus palabras: “La novela en general es como la corriente de la historia: no tiene principio ni fin; empieza y acaba donde se quiera”.

Pero el primer libro que don Pío sacó en su vida, por su cuenta y riesgo, fue un volumen de cuentos titulado *Vidas sombrías* (1900), la mayoría ambientados en Valencia

---

<sup>1</sup> Todos fueron publicados en España durante los años 50 del siglo XX, en la Colección CRISOL de Aguilar Ediciones, Madrid. Son verdaderos libros fetiche, confesables objetos de deseo...

y Madrid, sobre personajes locales y hechos basados en sus propias experiencias como médico, la profesión original de Baroja. Así, en “Mari Belcha” se escucha el monólogo de un viejo doctor, enamorado platónicamente de una jovencita a quien él mismo trajo al mundo. Bonito tema, ¿no? Tras un par de novelas, publica su segundo volumen de cuentos, *Idilios vascos* (1902), en la misma línea del anterior; después deja de practicar el género, consecuente con su teoría de la narración abierta.<sup>2</sup> Por eso para quien, como un servidor, es lector fiel y tenaz de Baroja, estos cuentos son un caudal de placer, a la par que sus novelas y volúmenes de memorias o crónicas. Permiten el descubrimiento de la juventud de un autor, en esa etapa de la búsqueda de un estilo y de formación de la personalidad. Pío Baroja fue toda su vida un vasco gruñón y pesimista, ateo y tozudo. Lo taparon de malas críticas, pero no se inmutó; le bastó con los elogios de algunos de los más grandes escritores y pensadores españoles de su generación, la llamada del 98, en pleno paso del siglo XIX al XX. Unamuno, Valle Inclán, Marañón y Azorín lo elogiaron y estimularon...



Ciertos detalles insólitos son una de las características de estos relatos. “Los panaderos”, por ejemplo, narra el descolorido entierro de un maestro panadero, al cual acompañan dos grupos pertenecientes a panaderías rivales, donde hay manchegos, gallegos, aragoneses y otros regionales. Para pasar la pena y el frío, unas copas en una cantina y empiezan las disputas. Baroja se muestra un bromista inveterado, palabra por palabra. Breve, por añadidura. Igual que “La venta”, donde protagoniza esta singular institución española que es a la vez hotel, comedero y bebedero, caballeriza, refugio

---

<sup>2</sup> Treinta y seis de estos cuentos están recogidos en el volumen titulado simplemente *Cuentos*, publicado por Alianza Editorial, Madrid.

contra el clima y las tristezas, lugar de reposo o de juerga; y que cumple un rol tan importante en el *Quijote*, como sabemos... Don Pío no conoce tampoco de retóricas ni menos de adornos, no se traba con la sintaxis o el refinamiento en el estilo. Lo suyo es la escritura al grano.

“Marichu” es una tenebrosa historia de gitanerías y mal de ojo, de transferencia de la miseria y la enfermedad a la magia como explicación. Otras historias del libro, que bordean lo fantástico, también contienen este trasfondo escéptico y racional, que no da paso a los facilismos que suelen plagar el género. Cierta panteísmo no exento de ironía parece ser su aproximación a lo religioso, tema inevitable en un país como España. Escribe Baroja: “Los hombres, en su jaula, han gemido, han rezado, han gritado tanto, que han vuelto sordo al amo, al amo de la jaula. Por eso no nos oye”. En esta vena puede ser también divertido hasta las carcajadas, en registro de humor negro, como en el minicuento “Olaberri el macabro”. Este cuento se puede bajar de aquí (se los recomiendo): <http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/esp/baroja/olaberri.htm>

Varios de estos relatos son de una gran ingenuidad, lo que es explicable por la juventud de su autor. De todos modos don Pío, a quien poco le importaban las opiniones ajenas, nunca renegó de ellos; seguramente porque trasuntan una corriente de compasión ante el sufrimiento que su autor no intenta esconder, presente por ejemplo en “Hogar triste” o “El carbonero”. Baroja no rehuye impudores de ese tipo. Por otro lado, toda su obra es de una sólida pacatería, lindante con la mojigatería, eso no se puede negar. Ah, sí. No hay que buscar en él audacias, erotismos o trasgresiones. Don Pío fue un caballero español que nunca se quitó el saco ni la corbata; se portó secamente amable hasta con sus mayores enemigos, amén de galante con las señoras de toda condición social.



Claro que esa pacatería puede ser materia de hallazgos. Hay pocos ejemplos en la literatura y Pío Baroja ofrece algunos bastante encantadores, como el fragmento que se incluye, sacado de uno de sus mejores cuentos.

### **Bartolomé Leal**



**La enamorada del talento**  
**Cuento de Pío Baroja (fragmento)**

Era Matilde una muchacha rubia, de veinte años, de estatura mediana y de elegante aspecto. Sin ser bonita tenía el raro don de agradar con su presencia a todo el mundo y solía encantar con su conversación.

Sus amigas íntimas no comprendían nunca estas cosas. Decían que sus ojos no eran grandes ni rasgados, que su nariz no era perfecta, que su boca era más bien grande que chica, y aun cuando confesaban que su cabello rubio era abundante y hermoso, le encontraban, en cambio, un tono rojo, elegante sí, pero no bonito...

Una vez, un señor amigo de su padre, le dijo a Matilde que su rostro le recordaba algo al célebre retrato de *La Gioconda* de Vinci, y como vio al buen señor entusiasmado con el recuerdo, le preguntó si el retrato aquél estaba en el Museo de Madrid. Le dijo que había uno, aunque el más famoso y más expresivo era el del Louvre. Matilde fue a verlo, y encontró en el extraño aspecto de la veneciana pintada por Leonardo algo que imitar, cierta vaguedad de la mirada, cierto refinamiento perverso en la sonrisa.

El cuadro del gran maestro italiano dio nueva *pose* a Matilde, y encontró contemplándolo una coquetería más refinada, una sonrisa indescifrable; aprendió a animar a un hombre sin dirigirle apenas la mirada, y a desconcertarle luego con una sonrisa burlona, tranquila, indiferente.